

AFRORALIDAD EN EL PACÍFICO COLOMBIANO

El descubrimiento del mar del Sur se realizó el 27 de septiembre de 1513, por Vasco Núñez de Balboa, acompañado por sesenta y siete europeos; entre ellos se observaban un portugués negro, Nuflo de Olano; y un mulato Juan de Beas, que la historia invisibilizó por siempre; dicho descubrimiento puso de manifiesto el deseo expreso de enriquecer aún más a los imperios monárquicos europeos. Surge entonces la recomendación de Fray Bartolomé de las Casas (Sevilla 1474 - Madrid 1566), obispo de Chiapas (México), defensor de los derechos humanos de los indígenas frente a la crueldad de los conquistadores, quien propuso reformar las Leyes de Indias, por cuanto los africanos eran mejores para el trabajo rudo y fue así como la brújula de la infamia giró al África, continente origen del hombre, que albergó múltiples civilizaciones: la de Magreb; la de Egipto; la del Imperio de Axum; la de Kushita-Meroita; la de Kanem-Bornu; la de Songhay y la de Mali; entre otras se destaca –por haber traído al continente americano sus bellos trabajos de orfebrería– la civilización de Ghana, tierra de la actual Mauritania de la Costa de Oro; la civilización Yoruba, de la Costa de Nigeria de gran influencia por cuanto su imperio mantuvo siempre la unidad religiosa y étnica. Por otra parte, se desarrolló en África Central y Meridional una civilización en la que el poder lo ejercía el manikongo o señor del Kongo: era una nación rica en pesca, caza, joyas de cobre, cerámica y monedas de caracol.

Cuando África se encontraba en pleno desarrollo, arribaron a sus costas los europeos, quienes entre centellas, tormentas de fuego y sangre llevaron a sus habitantes con cuello, manos y pies atados, hacia un continente incierto, en numerosos barcos negreros, calculados en más de 54.000 que equivalían al 60% de todo el tráfico de la época.¹ Llegaron a Cartagena de Indias, primero los portugueses en la segunda mitad del siglo XV, y luego, en la primera mitad del siglo XVI, españoles, holandeses, ingleses, franceses y daneses.

¹ Unicef (2006). *Manual de Afrodescendientes de las Américas y el Caribe*. Mundo Afro. Bogotá: Gente Nueva. Pág. 61.

Los africanos generalmente fueron embarcados hacia América de los puntos de Cacheo, del castillo portugués de San Jorge de Mina, del sitio de Carabari, de las islas de San Thomé de Loanda y de Cabo Verde.² El padre jesuita Alonso de Sandoval afirmaba que: “los etíopes que vienen del puerto de Luanda, v.gr, angolas, congos, angicos y malembos, y los que vienen de la isla de San Thomé, araraes, lucumíes, carabalíes, posos, como en otro lugar vienen de ordinario verdaderamente bautizados”³ por cuanto era obligatorio cumplir con este mandamiento para gozar de las bendiciones de la iglesia en sus propósitos de enriquecimiento. Como ya lo había escrito Colón, en la bitácora de su cuarto viaje, “el oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso” (isla de Jamaica, 07 de julio de 1503).⁴

Entremos de lleno a las aguas del océano Pacífico que bañan las costas colombianas en unos 1.300 kilómetros aproximadamente, comprendidas entre la desembocadura del río Mataje, al sur, y un sitio equidistante entre las puntas de Ardita, en territorio colombiano y Cocalito, en territorio panameño, para un área total de 49.663 km². Comparativamente cabrían la República de El Salvador, con un área de 21.040.8 km²; Jamaica con 10.991 km², Puerto Rico con 9.100.4 km², Trinidad y Tobago con 5.123 km², Granada con 344 km², solo para mencionar algunos países de las Américas.

En lo referido a la población, el 90% de ella es negra, con una minoría indígena, mulata y blanca; región deshabitada debido a su condición económica paupérrima y en los últimos cuarenta años por el desplazamiento forzado y al desalojo, además de homicidios y etnocidios con su secuela de infamias.

Hoy, las comunidades negras que viven en las riberas de la cuenca del Pacífico poseen una cultura propia, legado de sus ancestros, los Biojó, Cundumí, Mina, Cuenú, Biáfara, Carabalí y muchos otros grupos tribales que una vez secuestrados y torturados hasta la asfixia, fueron traídos a Cartagena de Indias en un viaje infrahumano de tres meses, o de

² Jurado Novoa, Fernando. *Esclavitud en la Costa Pacífica, iscuandé, Barbacoas, Tumaco, Esmeralda, Siglo XVI al XIX*, Ediciones Abya - Yala. 1990. Cayambe - Ecuador.

³ De Sandoval, Alfonso. S.J de *Instauranda Aethiopum Salute. El Mundo de la Esclavitud Negra en América*. Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia. Empresa Nacional de Publicaciones. 1956. Pág. 27.

⁴ Colón, Cristóbal. *Diario de Relaciones de Viajes*. Biblioteca de la Historia. Edición Sarpe. 1985. Madrid. Pág. 45.

contrabando por el río Grande del Atrato, para ser vendidos por los esclavistas del Alto Cauca, de Ansermanuevo, Cartago, Cali y Popayán, quienes llevaron a sus cuadrillas al río San Juan, área conocida como la provincia de Nóvita, que incluía los centros mineros de Zaragoza de Tadó, Santa Gertrudis en el Taquandó, San Agustín de Sipí, Santa Bárbara en el Cajón. La zona minera del Alto Atrato se denominaba provincia de Citará y comprendía los campamentos mineros situados en los ríos Cértequi, Andágueda, Negua, Bebará, Nurrí y Alto Sucios. A Barbacoas se aceleró la importación en el siglo XVII, a lo largo de los ríos Telembí, Magüí y Tembí, y la introducción de esclavizados al área minera, comprendida entre Guapi y Buenaventura, comenzó hacia 1640. A mediados del siglo XVIII incluía todos los ríos principales de la planicie costera: Iscuandé, Guapi, Napí, Timbiquí, Guagüí, Saija, Micay, Naya, Yurumanguí, Cajambre y Reposo.⁵

Así fueron poblando de africanos el Pacífico, procedentes la mayoría de la costa de Guinea, del Congo, del occidente del Sudán y de Angola.

Palabra Afropacífica

La palabra afropacífica, constituye la fuerza incontenible del pueblo en la reivindicación de sus derechos, aquella que arranca el corazón por la ventana de los labios, la “palabra semen” de Leopoldo Sedar Senghor, de los ekobios y de los masones, constructores del templo de la ética y del humanismo en los últimos trescientos setenta años.

Fue así como la fuerza incontenible de la palabra llenó el Pacífico de polirrítmicas voces indígenas incaicas, españolas y africanas, todas las cuales topamos mansas en bahías y aldeas, como encantados barcos en víspera de viajes.

Cada pueblo trajo consigo una “ensarta” de manifestaciones culturales, para no perder su huella en la diáspora, y con ella empieza la afrogénesis, procedencia etnocultural representada primordialmente en la palabra con su inventario de fórmulas orales, además de la gastronomía, la estética, el trabajo, la construcción de instrumentos musicales, melodías

⁵ C. West. Robert. *Las Tierras Bajas del Pacífico Colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Imprenta Nacional de Colombia. Bogotá. 2000. Pág. 157.

y variedad rítmica, simbolismo religioso, arte, construcción de casas palafíticas y canoas, historia, dioses...

Referente a las voces del encantamiento nos encontramos con sonidos que bajaron de la zona andina, dirigidas por Tumas, el cacique de los Incas, descendiente de los Caras, pueblo que llegó del Perú, destruyó al rey Quitus, bordearon la orilla en balsas, se apoderaron de Esmeraldas y fundaron Tumaco, para enseñarles a sus hermanos de piel de arcilla, la labranza de tonos, el quechua. Escuchémoslas: boquinche: labio leporino; cagüinga: mecedor; caracha: sarna; chamba: zanja; chonta: palma; chumbe: faja; aguaitar: acechar; cachaloa: prostituta; quincho: cerca; pampa: suelo llano; guango: sarta formada por gajos de plátanos; güache: hombre de pueblo, y más y más y más que se quedaron navegando en el Pacífico Sur.

En el siglo XIV, llegaron procedentes de España, con sus variantes dialectales formadas no solo por los fenicios, los carreteros del Mediterráneo, sino también por los hijos del inmortal Zeus, los descendientes de Rómulo y Remo, con su latín vulgar en los labios; suevos, vándalos, álamos, visigodos, igualmente por los musulmanes que por espacio de ochocientos años ayudaron al parto del bilingüismo.

Con un castellano mal hablado y su idioma de malhechor arribaron a los puertos de América, por el Atlántico y el Pacífico, ascendieron sus cordilleras para toparse con ciento setenta lenguas indígenas: el araucano, el arawak, el caribe, el guaraní, el nahualt, el quechua, entre los más resistentes, que además y a escondidas follaron con la castellanía del salvaje español para dejarlas en gestación de vocales y consonantes montaraces y mestizas que el tiempo ha transformado en idioma de atarvanes pero también en un lenguaje de poetas.

Recordemos solo los utilizados por navegantes y conquistadores para señalar que el Pacífico, territorio líquido, es donde mejor se conserva el español arcaico según el concepto del lingüista, Germán de Granda, uno de los investigadores que mejor ha estudiado el dialecto hispanoamericano de la población negra de las tierras bajas occidentales de

Colombia; de esta manera titula su investigación, auspiciada por el Instituto Caro y Cuero: virazón: vientos fuertes en el mar; güeste: oeste; gumitar: vomitar; amostré: muestre; alevantaron: levantar; balandra: velero; dende: desde; escuras: oscuras; vide: vio; recibido: recibido; aguaje: crecientes grandes del mar; truje: traje; a la bolina: navegar con poco viento; hincarse: arrodillarse; mesmos: mismos; ñudo ciego: nudo; hombre moreno: negro; loas: cantos; vigiando: mirando.

Finalmente, mostremos con orgullo algunos rasgos lingüísticos de origen africano, característica de la cultura del mareño, de los hombres de ríos, de selva, esa infinita manera de ser, de saber, de sentir, de recrearnos; retemos los esquemas rígidos de la élite del español y demos rienda suelta a nuestra negritud.

Así nos sentiremos más orgullosos: cachimba: pipa; bamba: labio grueso; grajo: olor de alguna pestilencia emanada de las axilas; salar: hechizar; tanga: taparrabos; biche: verde; bongo: piragua o barco; ¡bee!: incredulidad; guandú: grano alimenticio; chos: desprecio; currulao: danza rápida y emocionada; catanga: cesta.

Como se aprecia, nuestro dialecto refleja ampliamente la conducta social, el interés primordial de esa realidad hablante cual es la de identificar sus múltiples usos; por ello se debe reconocer un espacio cultural a las palabras del hombre - litoral, para no caer en un dialecto privado, el lenguaje del Pacífico colombiano posee el derecho de existir.

CUENTERÍA

Los bisabuelos Bantú, Yoruba, Akan nos legaron sus fabulaciones, aquellas que enseñan a los niños las normas éticas del amor, la familia, la fraternidad, la solidaridad, la amistad y otras conductas del buen vivir que hacen posible la convivencia entre los hermanos del litoral.

Los cuentos son narraciones nocturnas de memoriosas y memoriosos para hacer dormir a los ñetos,⁶ adornados con alegría gestual de ojos, manos, pies, cadera para impregnarle la voz del movimiento que permita anclarse por siempre en la mente del párvulo.

Estas narraciones presentan dos grandes protagonistas: tíos, animales feroces, crueles y musculosos, Tío Tigre, Tío León, Tío Tulicio, y el pequeño Tío Conejo, pícaro, mañoso, astuto, inteligente, que embauca a los más feroces y muchas veces se burla de ellos ante la sociedad de la selva, y los débiles, frágiles, sin liderazgo, llamados sobrinos; Sobrina Gallina, Sobrina Cucaracha.

Entratándose del Tío Conejo llamado también Tío Remus o Br'er Rabbit (forma dialectal que significa hermano conejo) en el sur de los Estados Unidos de Norteamérica. Es de origen africano, de Mali y del antiguo Alto Volta, así lo afirma el investigador Francois Victor Equibecq (1872 - 1917), de las tribus bámbara, penhl, gurmantié, uolof, haussa, malinke, dogon.

Estos relatos del Tío Conejo, que hacen parte de la tradición oral de aquellos pueblos afros o han tenido contacto con ellos, los encontramos en el andén Pacífico colombiano en diferentes episodios, ello son: “El Tío Conejo y el Tío Tigre; El gigante encantao y el Tío Conejo; Las deudas del Tío Conejo; El Tío Conejo y los tres hermanitos cazadores de fortuna; El Tío Conejo y la Tía Tigre”.⁷

Estos tíos y sobrinos llegaron transportados del África entre más de 40 y 200 millones de migrantes forzados durante trescientos cincuenta años con 1.500 tribus, según el etnoinvestigador Manuel Zapata Olivella, quienes trajeron escondidos en el cucho⁸ de sus cabezas las fabulaciones que se escuchan en el andén pacífico.

⁶ Nietos.

⁷ Revelo Hurtado, Baudilio; Revelo González, Camilo; Revelo González, Carolina. *Cuentos para Dormir a Isabella*. Tradición Oral Afropacífica Colombiana. Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Ministerio de Cultura de Colombia. Bogotá. Mayo de 2010.

⁸ Rincón.

Existe otro embaucador, ingenioso, burlón e irreverente, el Anancio, como le llaman en Guapi, pueblo fluvial del departamento del Cauca o Anance, en el río Naya, ubicado en el litoral del Valle del Cauca. “Anancio o Anansi; es una palabra del idioma Akan que hablan los Fanti Ashanti del África Centro Occidental y está emparentado con nombres que otras entonaciones de la misma región le dan al héroe mítico del linaje elegguá, el oricha, que en el Brasil liberó esclavos. Por autosuficiente y astuto, a Anansi lo conocen los afrodescendientes de todo el Caribe continental e insular; en San Andrés y Providencia también lo llaman Miss Nancy, Gama Nancy o Breda Nancy” (Arocha, 1999).

En el “Palenque Cultural de Guapi” lo encontramos como protagonista, al igual que al rey quien ordena matar al Anancio: “por el daño que hacía en la sala, en el trono” (Revelo B. 2010. Pág. 191).

Esta relación del personaje y el monarca podría ser una simbiosis de cuentos africanos y europeos, sin desconocer los grandes reinos del continente negro que existieron en la época del holocausto racial.

En los relatos infantiles de la tradición oral afropacífico colombiano, nos topamos con los cuentos quechuas, grupo étnico que creó un gran imperio antes de la llegada de los españoles dirigidos por Pizarro. Entre ellos recogí, en Catanga, el cuento “Tío Venado y Tío Tigre”; el Tío Venado es una versión inca del Tío Conejo; quien es estratega, sagaz, travieso, él logró expulsar al Tío Tigre de su predio. Tío Tigre quería matarlo, al igual que a su compañera, para llenar su despensa de carne fresca.

La oralidad también es protagonista cuando las madres llevan a sus críos a la cama; en ese momento se desgranán las leyendas traídas por los ibéricos y aprendidas por los ancestros esclavizados al trabajar en el servicio doméstico en las grandes haciendas, ellas escuchaban en silencio la conversación de sus amos con los otros esclavistas blancos que reflejaban todo el universo cultural, parido de diferentes pueblos y continentes, entre ellos las fábulas que hoy se repiten con dulzura para que el infante sueñe con castillos, príncipes y príncipas, así las llaman los hombres de los ríos, entre ellas: Las tres príncipas; El príncipe de la selva

y los tres hermanos; Doña Casandra; Catalina y Genovés; Antuquito sabe más que el rey; El príncipe encantao; La ciudad de iré y no volveré; Los tres hermanos y la príncipa.

De la amalgama triétnica de la civilización oral nació la hoguera de palabras, la cuentería negrapacífica. Es así como las topamos en su papel etnolingüista de conducir a los chiquillos a la cuna sin expresar desasosiego; son: pájaro azul, el bagre de La Bocana, la playa de los nayeros. En esta cuentería de boca en boca, los animales, africanos en el transcurso de estos quinientos y más años le fueron cediendo protagonismo a sus semejantes del andén pacífico.

Ritos Fúnebres

La dulce lengua afropacífica también se utiliza para despedir por siempre, con alabaos y chigualos, a los adultos y a los niños.

Estos cantos y juegos fúnebres, componentes de la cosmovisión de hombres y mujeres del continente líquido fue una lucha de contrarios entre la cultura negra - indígena y la blanca - cristiana que trató de someter con látigo y torturas por días enteros a los esclavizados, llevándolos incluso a perder la piel, no obstante no pudieron los conquistadores y la tonsura, que en estampida llegaron a las Américas, desflorar sus dioses y rituales, códigos y símbolos comunicativos que se hicieron cuerpo y savia en el organismo vivo de las comunidades negras, mulatas, mestizas e indígenas.

Estos rituales mortuorios, propios de la espiritualidad de los afrodescendientes en los espacios rituales de Nariño, Cauca, Valle del Cauca y Chocó, están siendo disminuidos por los abyectos de todos los grupos armados que profanan la existencia con el exclusivo propósito de correr sus cercas, así las orillas se preñen de dolor y muerte.

Alabaos

El ritual de los alabaos es el lenguaje de los muertos en comunicación con la aldea, es el eterno combate entre Eros y Tánatos, entre la felicidad, los abrazos, el amor, la familia, con el viaje eterno, la nada, el regreso por siempre a la naturaleza.

Este comportamiento simbólico honra a los muertos a través del culto institucional del alabao, al cual concurre todo el caserío para rezar, cantar, jugar cartas, damas, dominó, consumir licor y enamorar aquellas paisanas que perdieron el sendero de Dios. Se puede afirmar que las exaltaciones religiosas son cantos corales ofrecidos a Dios, vírgenes y a santos, ante la tumba y durante nueve noches, siendo la más ritualística la última por cuanto en ella el alma abandona el territorio de los afectos para dirigirse al lugar que construyó en vida.

Estos cánticos son perpetuados por ancianos y ancianas, los gigantes de la civilización oral, a ellos se les debe que aún en esta época de guerra (llamada eufemísticamente conflicto armado), en la que se ametralla, descuartiza con hachas las vidas, permanezca aún enarbolada, con dignidad y fuerza, la bandera de la tradición oral heredada de los abuelos de los abuelos, son maestros que con amor y paciencia enseñan a los críos toda, absolutamente toda, la riqueza de los saberes.

Los cantos fúnebres recorren el cuerpo del Pacífico, penetran por ríos, esteros, afluentes, deltas, hasta llegar a sus desembocaduras y playas, con lamentos que entristecen el alma de los habitantes de las aldeas. Desde el momento en que se construye la tumba hasta la última palada de tierra, el pueblo participa de ese dolor con lloro, como lo llamaba el jesuita Sandoval en su libro de *Instauranda Aethiopia Salute*, en el siglo XVII.

Los mayores conservan sus cantos en manuscritos con letra Palmer, allí se observa el aporte mayúsculo del español arcaico, traído por conquistadores, evangelizadores y esclavistas a las 65 Reales de Minas que llenaron de oro no sólo a la península ibérica sino también a los países europeos que patrocinaban a los bandidos de la mar, llamados filibusteros, quienes tenían sus refugios en las Antillas.

Estos alabaos, dialogados y cantados, son dirigidos en el norte del Pacífico generalmente por un hombre que utiliza el lenguaje corporal para darle mayor fuerza a sus lamentos, estos pueden ir creciendo en movimientos, en la medida que el duelo se apodera del cuerpo; en el sur son comandados por una mujer que para mejorar la voz consume primero un trago de licor o lo aguanta en la garganta con igual fin, estas primeras voces son acompañadas por cantos mixtos, sin instrumentos; no es el momento de festejar sino de llorar al ser querido; “que Dios le saque de penas y lo lleve a descansar”, expresa el coro.

Este ritual dura toda la noche: alabaos, rezos, comida, alabaos y más rezo; un campesino diría con propiedad: así nos vamos “bandeando”⁹ hasta que salga el sol.

El alabao o cantos de lágrimas, como lo llaman el Luango - Angola, hoy se escucha en el colectivo de todo el Pacífico.

Es básico resaltar que la agonía, ese replicar de campanas avisando en el idioma de la tristeza que el fuego artificial de la vida se apagó presenta varios estadios, puede ser breve o tardío; para esta última es necesario recurrir a los rituales de los mayores, ellos copiaron en sus memorias los dictados de los ancestros que vagan con un montón de pócmas de abrazos. Es por ello que cuando se trata de un moribundo, en las veredas de Guapi acostumbran el acompañamiento, que consiste en que representantes de cada vivienda en la noche se trasladan con su cama a la casa del enfermo, para estar con los dolientes, lo hacen hasta que muere; mientras están en esa actividad echan tristes cuentos en la sala de la casa o alrededor del enfermo; si la agonía es por muchos días dicen que está penando y proceden a “ayudarle en su muerte”. Para ello rezan el Padrenuestro a Santa Bárbara, al Justo Juez. Se cree que no ha muerto porque sabe muchas cosas o ha leído algún libro de oraciones grandes, “de la tunda, del diablo, de las ánimas, etc.”

Una vez fallece, en el Pacífico norte, la novena empieza después del día del entierro, rezan el rosario en la casa del difunto por nueve noches, lo hacen en la sala, al frente de la decoración que se hizo cuando estaba el muerto; igual prenden las cuatro velas desde que

⁹ Transcurrir la noche.

inicia el rosario a las siete hasta las nueve de la noche. El primer rosario comienza con un Ave María que cantan muy solemnemente; rezan siete Padrenuestros y siete Avemarías por el eterno descanso del alma del difunto; cada que oran cantan la estrofa de un responsorio que expresa:

“En esta tumba y el cementerio los cuatro hachones y el Cristo en medio. Los cuatro hachones y el Cristo en medio”.

Cuando están orando el rezandero pregona el santo, santo. Él dice: “Encomendaremos los cinco Padrenuestros, y cinco Avesmaría, por el alivio y el eterno descanso del alma del fallecido”.

“Hoy le pedimos a Dios que lo lleve a descansar.
Que Dios lo saque de sus penas y lo lleve a descansar”.

De inmediato entona el citador su catecismo o responsorio porque en todas partes no se dice del mismo modo. Cuando es la mamá o el papá que muere, cantan:

“Adiós mis hijos, hoy me despido, pero nunca, nunca me echen al olvido”.

En el responsorio hay distintos catecismos, en este rosario, corean:

“Hoy me despido de aquí, se acaba mi novenario.
Mi familia queda triste, mis hijos quedan llorando.
¡Ay! Lloran mis hermanos, y lloran mis hijos.
Los dejé solitos porque Dios así lo quiso.
¡Ay! Los dejé solitos porque Dios así lo quiso”.

Es una práctica en Quibdó, que algunos maridos pagan para que les canten a su difunta.¹⁰

¹⁰ En el África, San Basilio de Palenque, Cartagena y Río Sucio, Chocó, se paga para que lloren, se les llama *plañideras*.

También, la última noche, el difunto está pidiendo a los vecinos y familiares que le cuiden a los hijos, “yo ya me voy”. Ese alabao tiene un tinte de despedida y es el canto del difunto en los labios del cantador.

Existe otra particularidad en el alabao, unas voces que salen del santoral católico, por ejemplo para referirse a clavados en la cruz, se dice “enclavao”, también encontramos sus diversificaciones en alabao mayor y alabao menor.

Los alabaos mayores inician con el trisagio, es un canto con contenido de la Trinidad y el Espíritu Santo fundamentalmente. Cuando la gente está medio dormida, cuatro de la mañana, el cantador mayor entona el trisagio, forma de avisar que se acerca el levantamiento de la tumba.

A partir del trisagio vienen los alabaos mayores, los santo, santo y los menores catecismos, salves y responsorios, pequeños coros que acompañan las decenas del rosario.

Chigualo o Gualí

“Las madres no lloran al angelito muerto porque las lágrimas mojan sus alas y no suben al cielo”.

Admonición afropacífico

Los ritos fúnebres de los niños reciben los nombres de Chigualo en las comunidades negras del sur de Colombia, integrada por los departamentos de Nariño, Cauca y Valle del Cauca, Gualí, en población del Chocó; en la costa sur del Ecuador Arrullo; en Quinamayó, Bunde, en la región ubicada al norte del departamento del Cauca, velorio de angelitos, muerto alegre, angelito bailao, mampulorio, nombres que cambian de acuerdo con la geografía cultural.

Este ritual lúdico es acompañado de instrumentos de percusión de origen africano, esa multiplicidad de cantos son coreados por los asistentes, especialmente la mujer, depositaria

de la sabiduría de la aldea, quien no sólo es dadora de vida, sino que conserva la tradición oral desde que agobiada por la furia del mal llamado cristiano europeo salió secuestrada de su territorio negro.

Al niño hay que despedirlo con alegría, por cuanto al no cometer pecado su destino es el cielo, lugar de felicidad y sosiego, ese es el premio del que no llegó a ofender a Dios con hechos, ni con palabras, soborno religioso que aún se conserva intacto; en el chigualo se aprecia un corpus de tradición oral afropacífica. Los cantos empiezan: “licencia vengo pidiendo, licencia, usted la tiene”, se despide en coro y desde ese momento se desprende una cosecha de romances que cantan toda la noche hasta el alba; en intermedios se baila con el niño muerto, pasándolo de mano en mano de los asistentes quienes previamente han conformado un círculo, también se observa a grupos de hombres y mujeres que para “entretener” la noche apelan a la adivinanzas algunas referidas a objetos, personas, mar, monte, otras eróticas o “picantes” como se denomina en el litoral, escuchemos:

La negrita está sentada en tres piedritas y mi compadre colorao le está dando en las nalguitas. ¿Desate?... La candela.

El que lo hace no lo usa y el que lo usa no lo hace. ¿Desate?... El ataúd.

Me fui pa'l monte y pegué un grito, llegué a mi casa muy calladita. ¿Qué es?... La escopeta.

Esta adivinanzas casi todas llegadas entre los siglos XVI al XIX con los españoles, que poblaron el andén pacífico en búsqueda desenfrenada de oro, de apellidos Arboleda, Valencia, Mosquera, Cortez, Quiñónez y más y más, invocando a Dios y despellejando al negro.

En esta ceremonia no pueden faltar las coplas; poemas con estrofas de cuatro versos rimados, venidos también de España, e irrigados en todas las Américas; en especial en las comunidades negras del Pacífico se expresa:

“Agüita a media marea
agüita a media vaciante
agüita que va pa Guapi
dale saludo a mi amante”.

En este velorio de angelitos, surgen fórmulas, las rondas orales que juegan, generalmente las mujeres, quienes con profundo respeto alegran la noche, algunos se llaman: el gato y el ratón, que pase el rey, el florón, pan quemao, la viudita del Conde Laurel, la carbonería. Estas dos últimas de la tradición oral peninsular, conservada y consentida entre los grupos afropacífico.

Escuchemos:

Nombre: La Viudita del Conde Laurel

Temática: Cortejo

Elemento: Canto y Corre

Ejecución:

Yo soy la viudita
del Conde Laurel
que quiero casarme
y no encuentro con quién
Si quieres casarte
y no encuentras con quién,
escoge a tu gusto
y a tu parecer
Yo cójo a este niño
por ser el más bello,
la blanca azucena
que está en el jardín

Y ahora que tengo
esta prenda querida
me caso con él
y le grito a la vida.

Al terminar la primera cuarteta, el coro: “Si quieres casarte... “la adulta responde finalizando la canción. La seleccionada llega al centro y el juego nuevamente empieza.

Memoriosa: Rosinda Hurtado de Revelo, de 96 años.

Nombre: El Florón

Temática: Buscar la piedrita

Elemento: Canto y juego

Ejecución: Los integrantes se sientan en el suelo formando el círculo; uno de ellos coge una piedrita que la pasan por todas las manos, escondiéndola detrás de la espalda, al final la deja en uno de los jugadores. Otro de pie busca quién tiene el florón; al hacerla circular cantan:

“El florón está en mis manos
en mis manos está el florón
este señor buscador
tiene cara de ladrón”.

Todos repiten

“Ay, se fue el florón
por el callejón
dando vuelta va
por el callejón”.

Es de observar que los chistes o cachos tampoco pueden estar ausentes en esta cita de acompañamientos a los padres y familiares: cuentos, proverbios, narraciones de mitos, historias tradicionales, décimas.

Señores y señoras académicos: el Pacífico es una vendimia de palabras, bienvenidos a ella.

Baudilio Revelo Hurtado

Miembro de Número de la Academia de
Historia del Valle del Cauca.

BIBLIOGRAFÍA

C. West. Robert. *Las Tierras Bajas del Pacífico Colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Imprenta Nacional de Colombia. Bogotá. 2000. Pág. 157.

Colón, Cristóbal. *Diario de Relaciones de Viajes*. Biblioteca de la Historia. Edición Sarpe. 1985. Madrid. Pág. 45.

De Sandoval, Alfonso. S.J de *Instauranda Aethiopum Salute. El Mundo de la Esclavitud Negra en América*. Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia. Empresa Nacional de Publicaciones. 1956. Pág. 27.

Jurado Novoa, Fernando. *Esclavitud en la costa Pacífica, Iscuandé, Barbacoas, Tumaco, Esmeralda, Siglo XVI al XIX*, Ediciones Abya - Yala. 1990. Cayambe - Ecuador.

Revelo Hurtado, Baudilio; Revelo González, Camilo; Revelo González, Carolina. *Cuentos para Dormir a Isabella*. Tradición Oral Afropacífica Colombiana. Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Ministerio de Cultura de Colombia. Bogotá. Mayo de 2010.

Unicef (2006). *Manual de Afrodescendientes de las Américas y el Caribe*. Mundo Afro. Bogotá: Gente Nueva. Pág. 61.